

Comercio sexual entre varones: el modelo *outdoor* en la España franquista

Sex trade between men: the outdoor model in Francoist Spain

Oscar Guasch

Universidad de Barcelona

RESUMEN

Este artículo presenta las condiciones estructurales del comercio sexual entre varones en los espacios públicos y revisa la organización social de la *prostitución* entre varones durante el franquismo. Para ello define y caracteriza cuatro tipos ideales de comercio sexual entre varones: el modelo de *iniciación* a la homosexualidad, el modelo *militar y legionario*, el modelo *delincuente* (que está asociado a las clases bajas), y el modelo *pijoaparte* (o *chulo*).

PALABRAS CLAVE: Prostitución, prostitutos, franquismo, España.

ABSTRACT

This article presents the structural conditions of sexual commerce among males in public venue, and revises the social organization of prostitution among males during the francoist period. To this end, the article defines and characterizes four ideal types of sexual commerce among males: the model of initiation to homosexuality, the military and legionary model, the delinquent model (which is associated to low classes), and the pimp model.

KEY WORDS: Prostitution, male sex workers, franquism, Spain.

INTRODUCCIÓN

En otra parte (Guasch y Caïs 2016) se detalla una forma común de clasificación del comercio sexual entre varones en función del lugar y el modo en que se obtienen los clientes: modelos *outdoor*, *indoor* y *online*. Los modelos “callejero”, “puertas adentro” y “virtual”, son tres tipos ideales útiles para entender la evolución y el desarrollo del trabajo sexual entre varones. Se trata de una clasificación frecuente en la literatura internacional (Latapie 2009; Crofts 2014). En la mayoría de las sociedades, esas formas de comercio sexual han aparecido de manera secuencial, de modo que cada una de ellas tuvo su período de hegemonía como forma social de organizar el comercio sexual entre varones. Un modelo sucede y sustituye parcialmente al siguiente, porque las formas previas de comercio sexual entre varones no desaparecen del todo. Para el caso concreto de España, se propone la siguiente periodización cronológica: modelo *outdoor* (1950-1975), modelo *indoor* (1975-2000), y modelo *online* (desde el año 2000 hasta la actualidad). Este texto presenta las características estructurales del modelo *outdoor* de comercio sexual entre varones (que son comunes en todas partes), y se centra en el análisis de la *prostitución* entre varones durante el franquismo: un período durante el cual la tensión homófoba entre sus protagonistas y la baja profesionalización eran características centrales en esta actividad de economía informal. Falta material histórico específico sobre las prácticas del comercio sexual entre hombres de entonces; aunque sí hay textos que analizan tanto el trabajo sexual de las mujeres de esa época (Nuñez 2003; Guereña 2003) como el de las personas transgénero durante el tardofranquismo (Pierrot 2006; Mejía 2006). En este texto, para reconstruir el modelo *outdoor* de prostitución entre varones anterior a la democracia, también se han usado fuentes de historia oral que permiten entender, de manera panorámica, qué sucedía en esa etapa. Se ha tenido en cuenta la información suministrada por homosexuales mayores de 60 años que guardan memoria de esas actividades. Tomando en cuenta esos relatos (parciales, subjetivos y, en ocasiones, contradictorios) es posible hacer una arqueología del modelo *outdoor* del trabajo sexual entre varones durante esa época. Pese a que la *prostitución* entre varones *outdoor* sobrevivió a la dictadura y sigue existiendo en la actualidad (aunque de un modo distinto), el texto analiza sobre todo las especificidades del comercio sexual entre varones en un contexto pre-democrático en el que la homofobia social severa y la persecución legal de la homosexualidad fueron corrientes. Se usan los términos “comercio sexual” y “*prostitución*” como si fueran sinónimos, aunque el segundo se escribe en cursiva, habida cuenta de su significado estigmatizante. El término “prostituto” se usa como si fuera sinónimo de

“trabajador sexual” y también se escribe en cursiva a causa del importante estigma que conlleva.

RASGOS ESTRUCTURALES DEL MODELO *OUTDOOR* DE COMERCIO SEXUAL ENTRE VARONES

El comercio sexual entre varones del modelo *outdoor* acontece sobre todo en las calles. Las calles son espacios físicos urbanos, y también son lugares mentales y simbólicos que incluyen parques, paseos, playas, cines X¹ o *sex-shops*². Además de arquitectura y urbanismo, las calles son contextos sociales donde interactúan las personas. El interaccionismo estratégico es una teoría sociológica pensada por Erving Goffman (2009) que es muy útil para entender las actuaciones callejeras. Según esto, la calle es un escenario en el que distintos actores y actrices ejecutan sus papeles ante diversos públicos (o auditorios) según un guion previamente establecido que, en teoría, todos conocen. El interaccionismo estratégico permite pensar las calles como ámbitos que están estrictamente ordenados a pesar de su caótica apariencia, porque existen normas explícitas (leyes y ordenanzas municipales) e implícitas (normas de decoro y de etiqueta) que regulan las

¹ En la España franquista, los cines fueron un lugar clásico de ejercicio de una forma de *prostitución* de las mujeres que consistía en masturbar a los varones mientras se proyectaba la película: eran las denominadas *pajilleras*. Tras la muerte del dictador, con la apertura de los cines que proyectaban películas pornográficas (los *cines X*), parte de la *prostitución* entre varones se instaló en estos contextos. Esta clase de locales abrieron sus puertas a lo largo de los últimos setenta y primeros ochenta, y empezaron a desaparecer con el auge del visionado de video-cintas pornográficas en los hogares, para casi desaparecer por completo con la llegada de internet. En estos cines, se solía proyectar películas pornográficas heterosexuales, pero eran un lugar frecuente de comercio sexual entre varones que, aun cuando tuvieron lugar “bajo techo”, reproducían el conjunto de normativas de interacción propias del modelo callejero.

² Los *shex shop* fueron, en los años noventa, lugares óptimos para el comercio sexual entre hombres; sobre todo en aquellos en los que había cabinas individuales para la proyección de películas pornográficas (que funcionaban con monedas). Fueron lugares tan comunes para esta clase de encuentros que “en el *sex shop*, los vigilantes tienen orden de intervenir cuando detectan un cliente que se detiene en el pasillo para contactar con un prostituto o la inversa; el vigilante acostumbra a argumentar que no se puede obstaculizar la zona de paso” (Benjumea 2006: 36). Pese a acontecer puertas adentro, esta clase de comercio sexual entre varones reproduce la mayor parte de las prácticas del trabajo sexual callejero.

actuaciones de quienes están presentes en ellas. Cuando estas normas son vulneradas a propósito (por quienes las conocen) o por falta de información (en ocasiones turistas e inmigrantes desconocen las normas de interacción localmente vigentes) entonces surgen problemas. Las calles presencian tensiones de intensidad variable que derivan de la interacción entre las personas y los grupos sociales. Cuando algunos actores y actrices desarrollan actuaciones socialmente estigmatizadas (como es el caso del comercio sexual) se crean las condiciones de posibilidad para que los conflictos se agraven.

El estigma asociado al comercio sexual en las calles tiene su origen en la conceptualización del espacio que la burguesía del siglo XIX convierte en socialmente hegemónica, y en la que existen dos realidades espacio-temporales distintas y antagónicas: público y privado. A cada uno de esos escenarios se le asignan funciones y actores de manera muy clara. Los espacios *privados*, que están destinados a la reproducción (social y demográfica), definen la *domesticidad* y, en ellos deben vivir las mujeres; mientras que los espacios *públicos* son espacios (sobre todo) de producción (compensada con salarios) y están prioritariamente poblados por varones. Los variados estigmas asociados a las trabajadoras sexuales tienen que ver, precisamente, con que son mujeres ubicadas más allá del *domestico* (Juliano 2002); pero esta clase de estigmas afectan menos a los protagonistas del comercio sexual entre varones: en la medida en que son hombres, están socialmente autorizados a salir de los espacios privados y domésticos. Hoy en día, en un contexto de *extimidad* en el que las fronteras espacio-temporales de los escenarios clásicos de la sociedad industrial se están disolviendo (Bauman 2003) hay que hacer un esfuerzo importante para asumir que, en el pasado, hubo límites claros entre el mundo público y el de la domesticidad. En cualquier caso, los consensos sociales y las prescripciones legales vigentes en nuestra sociedad (a través del delito de escándalo público) construyen la idea hegemónica de que las prácticas y los encuentros sexuales deben acontecer en privado (Rubin 1989) y condicionan la percepción social del comercio sexual en las calles.

Celeste Arela y sus colegas (2007) presentan los conflictos que afectan a las trabajadoras sexuales en la calle, y lo mismo hace Norma Mejía (2006) para el caso de las personas transgénero. Algunas de esas experiencias de conflicto son comunes a las que sufren los varones *prostitutos*: las luchas por ocupar ciertos territorios, los conflictos con los vecinos, el acoso policial, las agresiones e insultos y amenazas proferidas por transeúntes o clientes, etc. Es cierto que el género actúa en favor de legitimar la presencia de los trabajadores sexuales en los espacios públicos; pero hay una parte de los riesgos asociados al comercio sexual

en la calle que no tienen género. Y tampoco tienen género la incomodidad, la inseguridad y la frecuente falta de higiene derivada del comercio sexual en esos contextos. Las condiciones en que se ejerce el trabajo sexual en la calle son lamentables y exponen a quienes lo practican a la lluvia, al frío y al calor extremo, y también a posibles agresiones. Pero, más allá de las malas (cuando no pésimas) condiciones laborales, pocas más cosas comparten los trabajadores sexuales de calle con las mujeres en la misma situación, porque los y las trabajadores sexuales raramente comparten espacios de trabajo en las calles (McQuiller 2014: 669): ya que, clásicamente, el trabajo sexual en las calles ha estado territorializado, en el sentido de que se produce una distribución espacial de la oferta ordenada por procedencias nacionales y también por la clase de producto en venta (hombres, mujeres, trans.).

Otra diferencia de género entre trabajadores y trabajadoras sexuales en las calles, es que el proxenetismo (que es frecuente entre mujeres) es rarísimo entre los hombres en idéntico contexto. Tal y como explican Azaola y Estés (2003), para quienes se dedican a la trata de personas con el fin de explotación sexual, es más difícil y complejo controlar a los jóvenes varones que hacer lo propio con las mujeres. Sin embargo, entre los hombres existen casos de *pseudo-proxenetismo* que son ocasionales, temporales y situacionales. Con frecuencia, los jóvenes que se inician en el trabajo sexual callejero cuentan con otros, con más experiencia, que les ofrecen consejo y protección por un tiempo (además de seguridad emocional y afecto). Para quienes son nuevos en las calles, las reglas que rigen en ellas pueden abrumarles, además de convertirse en objetivos fáciles de robos (pues suelen llevar encima el dinero obtenido de los clientes). Por eso, los trabajadores sexuales más expertos pueden ejercer de protectores (o *pseudo-proxenetes*) de los principiantes (Kaye 2007: 56). Pero esta clase de relaciones suelen concluir con la misma rapidez con que los neófitos adquieren experiencia en autogestionar su actividad.

Los lugares concurridos (donde hay locales de comida rápida, bares, cines, *sex-shop* o centros comerciales) son ámbitos preferentes para el comercio sexual entre varones del modelo *outdoor*. Por un lado, los clientes vienen y van en esos lugares tan transitados; y por otro lado, hay una cierta invisibilidad de la actividad en medio del *fluir urbano*. Además, el hecho de que sean lugares muy concurridos, legitima su presencia en esos entornos de cara a posibles identificaciones policiales o en el caso de ser reconocidos por personas próximas (familiares o amigos) que desconocen su actividad. Incluso, en ocasiones, la relación sexual puede realizarse en los baños de algunos de estos locales (como por ejemplo en los de alguna franquicia de cafetería o en los de los restaurantes

de comida rápida abierta 24 horas). Las horas para estos encuentros suelen ser a partir de la tarde, que es cuando los clientes tienen tiempo libre al salir del trabajo, aunque hay jubilados que acuden en otros horarios. Hay pocas investigaciones que exploren las razones por las cuales los trabajadores sexuales eligen las zonas donde ejercer su actividad, pero Williams McQuiller (2014) explica que las razones que impulsan a trabajar en un lugar o en otro tienen que ver con minimizar el riesgo de detención (o de acoso policial) y también con medidas de protección contra la violencia ejercida por los clientes o por otros actores con los que comparten espacio. También existen trabajadores sexuales que ofrecen sus servicios en zonas de la periferia urbana como aparcamientos de zonas comerciales o zonas de entre vías. En estos lugares, los clientes usan sus vehículos tanto para encontrar a los trabajadores como para consumir las relaciones sexuales; lógicamente el riesgo que asumen unos y otros es mayor en esos contextos.

Además de la teoría del interaccionismo estratégico, hay investigaciones clásicas de la sociología como *Els barjots*, *The Hobbo* o *La sociedad de las esquinas*, que también muestran las calles como un espacio de conflicto entre los diversos actores que las pueblan y transitan. En realidad, en las palabras *poblar* y *transitar* está la clave de la situación: hay quienes pasan por las calles y hay quienes hacen de ellas su lugar de trabajo y residencia. Como explica Nels Anderson (1993) en su obra clásica *The Hobbo* (publicada en 1923), la vida en las calles requiere intuición y habilidades de adaptación y de gestión del entorno. La gente sin hogar debe ser creativa y explotar los (escasos) recursos que tienen a su alcance. Por ejemplo, en el caso del comercio sexual en las calles, los baños públicos son tanto un lugar donde tener relaciones sexuales, como un espacio para asearse o para consumir drogas (Kaye 2007: 52) y los conflictos por su uso son frecuentes. Los problemas por el uso del espacio urbano son una de las causas por las que los trabajadores sexuales consideran el trabajo en las calles como el más peligroso:

“se puede sufrir un robo, ser agredido y golpeado por uno o más clientes o ser intimidado por otros trabajadores sexuales, ya sea porque desean el control de un determinado territorio o por simples celos [...] la competencia [...] es feroz y la relación con los clientes a menudo efímera y violenta” (Dorais 2004: 58).

El conflicto por el control del territorio tiene que ver con que, una vez la persona ha empezado a prostituirse, debe encontrar un lugar fijo donde ubicarse (Da Silva y Evangelista 2004: 45) para que los clientes sepan dónde encontrarla. Pero las

buenas ubicaciones están muy buscadas, así que hay conflictos por ellas. Los problemas de incomodidad, de riesgo y de conflicto asociados al comercio sexual en las calles hacen que, entre los mismos trabajadores sexuales, existan percepciones diferenciales del estatus en función de las condiciones y del lugar dónde se ejerce la ocupación, siendo los trabajadores sexuales que actúan en las calles quienes ocupan el estatus más bajo y menos valorado del comercio sexual entre varones (Morrison y Whitehead 2007: 214).

Los *prostitutos* del comercio sexual entre varones en las calles, suelen ser jóvenes vulnerables y en proceso (o ya en situación) de exclusión social. El trabajo sexual callejero de los varones ha sido una estrategia clásica de muchos jóvenes homosexuales que deseaban escapar de la homofobia y del estricto control social de sus comunidades, yendo a vivir a las grandes ciudades y, esta clase de ocupación, fue para ellos una forma rápida de obtener ingresos. La vulnerabilidad de los trabajadores sexuales de calle tiene que ver con su poca formación (si han huido de sus hogares no han terminado sus estudios), con altos niveles de uso de drogas (Da Silva y Evangelista 2004) y con una situación de extremo riesgo respecto de las enfermedades de transmisión sexual y, en especial, respecto al VIH (Timpson y otros 2007: 63). El comercio sexual entre varones en las calles en ocasiones es descrito como una clase de “gay for pay” (ser homosexual por dinero) y también como una forma de “survival sex” (Minichiello, Scott, y Callander 2013: 265), en la cual la *prostitución* es una estrategia para conseguir comida, ropa y alojamiento. En un estudio de Ian McCabe y otros (2011) sobre trabajadores sexuales que ejercen en las calles de Dublin, se confirma que los candidatos a convertirse en trabajadores sexuales son varones jóvenes que presentan una combinación de factores, entre los que se pueden citar: una infancia con abusos físicos o sexuales, fracaso escolar, huida del hogar y toxicomanía.

Estas características socio-familiares de los *prostitutos* parecen comunes en ellos, al margen del contexto social e histórico en que tenga lugar la *prostitución* entre varones. Es el caso de muchos de los jóvenes trabajadores sexuales callejeros investigados en Israel, entre los que la situación familiar se caracterizaba por ser caótica y el afecto era un bien escaso, había alcoholismo paterno y abuso de drogas, violencia doméstica y abandono (literal y simbólico) y otras formas de abuso infantil (Leichtentritt y Davidson 2005: 503). De igual modo, Nestor Perlongher (1999) para el caso de Brasil, y Michel Dorais (2002) para el caso de Canadá, insisten en la precariedad social extrema de los varones que trabajan en las calles. Parece claro que, tanto las experiencias de estos varones como la estructura de la actividad en las calles, son muy parecidas entre sí, al margen del

contexto concreto en que acontezcan. Especialmente entre los jóvenes que han huido (o han sido expulsados) del hogar familiar, la *prostitución outdoor* funciona como una estrategia de *último recurso* para sobrevivir: para poder dormir en una pensión y comprar vestido o alimento. En un estudio sobre jóvenes sin techo (24 chicas y 16 chicos) realizado en Estados Unidos, las principales razones que las personas entrevistadas declararon tener para vender sexo fueron razones de “supervivencia” (como conseguir alojamiento, comida o ropa) y también el consumo de drogas. La mayoría declararon que fue una opción voluntaria, aun cuando algunos (especialmente algunas) fueron coaccionadas o manipuladas para dar ese paso (Tyler and Johnson 2006).

Los trabajadores sexuales que ejercen en la calle también presentan riesgos de salud mental y ante las enfermedades de transmisión sexual (en especial, el VIH). Leichtentritt y Davidson (2005: 501) explican que, además del riesgo de las enfermedades de transmisión sexual, las consecuencias más comunes para los chicos que ejercen la *prostitución* en las calles son: los cambios en la percepción de sí mismos y el exceso de gasto. Los cambios en la autopercepción tienen que ver con una pérdida notable de autoestima, la cual intenta compensarse con consumo compulsivo, de manera que hay escasa responsabilidad en la gestión de los gastos: en un estudio sobre trabajadores sexuales callejeros de Dublín se constató que presentaban niveles de depresión e ideas de suicidio que estaban por encima de la media de la población, al igual que pobres niveles de autoestima (McCabe y otros 2011). Y unos resultados parecidos aparecen en un estudio comparativo del comercio sexual entre varones en las calles de San Francisco (ciudad liberal y tolerante) con Dublín (ciudad más homófoba y conservadora); en ambos casos se confirma que la predisposición de los chicos a iniciarse en el comercio sexual con varones viene catalizada por factores como las toxicomanías, los abusos infantiles (sexuales o de otro tipo), y el fracaso escolar (McCabe y otros 2014). Conocer personas que ya se dedican a la industria del sexo, la baja autoestima, el uso de drogas, y el consumo compulsivo, son factores que contribuyen a iniciarse en el comercio sexual. Jim Cates (1989: 153) explica que, para algunos adolescentes con baja autoestima, sentirse deseados puede ser una razón para iniciarse en el trabajo sexual, además del sentimiento de ser especiales (por relacionarse con adultos) y de ser trasgresores (por romper ciertos tabúes sociales). En la investigación de Eli Coleman (1989) sobre los trabajadores sexuales de calle, se detallan las principales causas que los chicos declaran para ejercer la actividad, y que son, por este orden, las siguientes: el dinero, las relaciones sexuales, la diversión y la aventura y, en último lugar, las posibilidades de socializar; la autora también señala que, para muchos de ellos, el sexo

comercial es simplemente una parte más de su estilo de vida, como las drogas, el alcohol, los pequeños hurtos, los asaltos a menores de edad y otros delitos (Coleman 1989: 139). De igual modo, la investigación subraya la importancia del uso y del abuso de drogas y la incidencia de los abusos en la infancia, como factores que predisponen a los jóvenes a introducirse en el comercio sexual. Sin embargo, otras investigaciones dan menos importancia a los elementos biográficos individuales como factores explicativos de la *prostitución* de los jóvenes y apuestan por causas más estructurales: en ese sentido, para los trabajadores sexuales que ejercen en las calles, entrar en la prostitución no sería resultado de un factor específico ni tampoco consecuencia de una combinación de razones (como dejar el hogar o ser expulsados del mismo, o de las dificultades económicas, o de la presencia de estos jóvenes en los lugares de encuentro homosexual), sino que más bien es el resultado de un largo proceso vital de rechazo protagonizado tanto por la familia como por otras instituciones sociales (Leichtentritt y Davidson 2005: 503). Desde este punto de vista, existiría una violencia social estructural contra estos jóvenes que les abocaría a la *prostitución de calle* como estrategia de supervivencia.

El comercio sexual entre varones en las calles es el socialmente más visible y el que, en consecuencia, genera más pánico social. Sin embargo, Kervin Kaye afirma que, pese a que se han realizado muchos estudios sobre jóvenes que ejercen en las calles, en realidad hay pocas investigaciones que muestren las dinámicas de pobreza y los niveles de violencia que existen en tales contextos; según este autor, existen pocas investigaciones que muestren las conexiones del comercio sexual entre varones con la vida callejera en general, y pone como ejemplo que hay dos tipos masculinos que, pese a ejercer sus actividades en las calles, casi nunca aparecen juntos en los estudios: se trata del *prostituto* homosexual y del camello vendedor de droga (Kaye 2007: 37). Hasta la instauración del modelo gay institucional a partir de los años setenta y ochenta (Guasch 2001), la *prostitución de calle* ha sido la clase más común de comercio sexual entre varones y también su forma más visible, tanto para la policía y para el público general como para los investigadores: Scott y Minichiello (2014: XIV) afirman que, pese a que el comercio sexual de los varones en las calles es el más estudiado por los investigadores a lo largo del tiempo, en realidad solo es el 10% del total del mismo.

Por otro lado, el trabajo sexual en las calles también es la clase de comercio sexual en la que los trabajadores son más jóvenes (Coleman 1989: 134). Pero la edad de quienes ejercen en las calles está condicionada por el desarrollo económico y social de los países donde se practica. En aquellos contextos sociales

donde los menores están protegidos por un entramado institucional bien articulado (familia y escuela, sobre todo), es muy raro detectar la presencia de niños ofreciendo sexo en las calles. Al contrario, tanto los *estados fallidos* como los contextos desestructurados por la desigualdad social o por los conflictos armados (bélicos o narco-guerras) crean las condiciones de posibilidad que permiten la *explotación sexual comercial de la infancia* y, en particular, de las niñas. Eso sucede en los países receptores de turismo sexual infantil y también de las zonas de frontera entre países desarrollados y otros que no lo están: la frontera entre Estados Unidos y México es un claro ejemplo al respecto. Sin embargo, la definición de infancia que hace la ONU, incluye en esa categoría a las personas hasta los 18 años de edad, de manera que, el uso técnico de esa definición en las investigaciones, amplía el concepto de *prostitución infantil* hasta incluir en ella lo que, en realidad, es *prostitución* adolescente. Es posible que haya varones muy jóvenes ejerciendo la *prostitución* en las calles, pero suele tratarse de adolescentes y raramente hay niños: de otro modo (al menos en los países desarrollados) se activan de manera inmediata las agencias de control y de protección infantil. Sin embargo, tanto los *gamins* en Colombia como los *meninos da rua* en Brasil, por citar dos ejemplos, dan cuenta de la precariedad y de la vulnerabilidad de las vidas infantiles en las calles cuando no están sujetas a la protección institucional, ya que pueden acabar siendo no solo víctimas, sino también colaboradores activos en entornos de comercio sexual (Azaola y Estés 2003).

LA PROSTITUCIÓN CALLEJERA ENTRE VARONES DURANTE EL FRANQUISMO.

Desde principios del siglo XX, tanto en Europa como en Estados Unidos, la existencia de locales para encuentros eróticos y sexuales entre varones está bien documentada. En París, Barcelona, Berlín o Nueva York, existían comunidades homosexuales con sus propios espacios de ocio y de sociabilidad erótica (Chauncey 1994; Huard 2014 y 2016; Tamagne 2000) en los que la presencia de muchachos que aceptaban tener sexo a cambio de dinero era una práctica común. A finales del siglo XIX y principios del XX, en Madrid y en Barcelona, la existencia de enclaves privilegiados para los contactos homosexuales (parques, tabernas, urinarios) convive con un entorno constituido por el mundo de la prostitución masculina, donde se mezclaban señores distinguidos y bohemios decadentes con pandillas de golfos y rateros (Vázquez García y Cleminson 2011: 286). También se tiene noticia de que, muy a menudo, los *prostitutos* se ubicaban en burdeles generalistas como una forma de complementar la oferta, más central,

de las mujeres.³ En los burdeles de *prostitutas* del Nueva York de principios de siglo XX, podían encontrarse hombres jóvenes (generalmente de 15-22 años de edad) que se comportaban de manera afeminada y que usaban nombres femeninos, aunque sin travestirse (Kaye 2004: 7) cuya presencia estaba destinada a satisfacer los deseos de aquellos clientes que lo solicitaran. Y también en la Barcelona de la misma época (como en otras ciudades celebres por sus prostitutos varones) la variedad barcelonesa se encontraba principalmente en los burdeles, donde muchos de estos hombres vivían ejerciendo como camareros o sirvientes (Vázquez-García y Cleminson 2011: 244). Sin embargo, pese a la probada presencia de *prostitutos* en burdeles y en locales *clásicos* de encuentro sexual entre hombres, este texto se centra en la *prostitución* entre varones que acontecía en las calles porque tuvo unas dinámicas específicas que iban más allá de lo que sucedía en los antiguos burdeles y porque también incluía a más clases de varones.

En España, como en todas partes, el modelo *outdoor* de comercio sexual entre varones es anterior a las instituciones gais. Es el modelo propio del franquismo y de los primeros años de la transición a la democracia, y fue la manera hegemónica de organizar el comercio sexual entre varones desde 1950 hasta 1975, aproximadamente. El modelo *outdoor* se ubica en un contexto de homofobia legal (expresada en la Ley de Vagos y Maleantes y su transformación en 1970 en Ley de Peligrosidad Social). Se trata de un periodo de clandestinidad y de riesgo para clientes y trabajadores sexuales, que tenían que afrontar tanto la arbitrariedad policial como la homofobia social (además de la homofobia interiorizada). En esa época, el comercio sexual entre varones tuvo como espacios principales: urinarios, teatros, playas, cines, galerías comerciales, futbolines, billares y boleras. Aunque el objetivo de esos espacios no fue ubicar el comercio sexual entre varones, lo cierto es que en determinados momentos sí cumplió esa función. El modelo *outdoor* (o callejero, si se prefiere) fue la forma más común de organizar el comercio sexual entre hombres hasta la llegada de la democracia. Fue un período histórico particular que incluía leyes que perseguían la homosexualidad masculina. En teoría, el objetivo de la legislación no era castigar,

³ La presencia de hombres en burdeles generalistas para satisfacer los deseos de otros hombres, es anterior al siglo XX y así lo atestigua la ordenanza municipal de Cádiz de 1889 que prohibía expresamente la presencia de los invertidos en los mismos. Esta norma parece haber coincidido con la presencia generalizada de varones homosexuales en estos establecimientos, dedicados no solo a tareas generales de servicio, sino también a atender la demanda sexual de los clientes (Vázquez- García y Cleminson 2011: 234).

sino conseguir la *rehabilitación* de estos varones. Las cárceles y los manicomios eran los instrumentos terapéuticos más comunes para lograrlo. La homofobia social y legal fue intensa durante el régimen franquista. Así que los homosexuales desarrollaron diversas estrategias de supervivencia y adaptación a ese contexto hostil. El disimulo y el *passing* (Guzman y Platero 2012) fueron formas comunes de gestión del estigma homosexual. Otra estrategia frecuente fue *exhibir* el estigma (Goffman 2010) de afeminamiento que se asociaba a la homosexualidad masculina para reducir las consecuencias sociales de poseerlo (Guasch 1991).

En los años sesenta, el afeminamiento podía ser una estrategia de comunicación entre trabajadores sexuales y clientes, pero era una estrategia arriesgada ya que, cuando la visibilidad de los chaperos se debía a su afeminamiento, al maquillaje, a sus ademanes, o también a sus andares; no cabía la menor duda para las fuerzas de seguridad (Huard 2014: 177) que podían detenerlos y acusarlos de atentar contra el decoro, la decencia y las buenas costumbres. En realidad:

“los homosexuales condenados durante el franquismo en Cataluña y Baleares pertenecían todos a las clases populares: la mayoría no tenía trabajo *honesto*, ejercía la prostitución, y los demás eran obreros o empleados de baja categoría [...] por tanto, los homosexuales de clase media y de la burguesía se juntaban con los invertidos de las clases populares, pero la justicia solo condenaba a estos últimos” (Huard 2014: 103-104).

Vale la pena recuperar aquí la afirmación de Antonio Gracia sobre aquella época, cuando afirma que un maricón pobre era un maricón y que un maricón rico era un rico (Pierrot 2006); o, tal y como lo explica Rafael Mérida: durante la dictadura, a los homosexuales ricos les protegía su patrimonio y su sistema de relaciones sociales (lo que hoy llamamos *capital social*), mientras que los homosexuales pobres no contaban con esa red de protección (Mérida 2016: 69) y por ello sus espacios de libertad eran menores, más cerrados, más clandestinos y claustrofóbicos. También Alberto García-Valdés (1981) en su estudio sobre homosexuales encarcelados por la legislación de *peligrosidad social* franquista, muestra que muchos de los represaliados eran jóvenes afeminados (y por ello muy visibles) que usaban la prostitución para sobrevivir lejos de sus casas, en un entorno hostil y de pobreza. García-Valdés explica que la Ley de Peligrosidad Social se aplicó sobre todo a cierta clase de homosexuales (los de clase baja) y que, en algunas ocasiones, el simple hecho de ser afeminado era suficiente motivo para la detención, aunque no estuvieran realizando la prostitución (García-Valdés 1981: 149).

El modelo *outdoor* de trabajo sexual entre varones sólo puede existir en centros urbanos lo bastante grandes como para proteger el anonimato de quienes participan en él. Según García-Valdés (1981: 149) la prostitución callejera en Madrid se realizaba en los márgenes del Paseo de la Castellana y, en Barcelona, los chaperos estaban en la Ramblas y zonas adyacentes: el *Café de la Opera* y la terraza del *Cosmos*, en la Plaza del Teatro (en los años 30 habían estado en el cabaret *La Criolla*)⁴. Pero el comercio sexual entre varones durante el franquismo fue una actividad amateur y poco profesional, incluso, en las grandes ciudades españolas: hubo pocos chicos dedicados en exclusiva al comercio sexual. Más bien se trataba de una actividad ocasional y discontinua en la que la relación entre clientes y trabajadores era muy informal. De manera que el dinero obtenido de la actividad solía ser un complemento económico para los *prostitutos*, pero no su principal fuente de ingresos. Eso se explica, en parte, porque era una actividad local y con escasa movilidad. Los *prostitutos* ejercían en áreas pequeñas y rara vez se desplazaban en busca de clientes.

Durante el franquismo, los espacios sociales homosexuales y los espacios donde había *prostitución* entre varones eran los mismos: todo estaba mezclado y, homosexualidad y *prostitución* entre varones, llegaban a confundirse; eran actividades que compartían estigmas y maneras de hacer semejantes: el ocultamiento y el secreto fueron rasgos característicos de ambas prácticas. Tanto para el caso español como para el caso francés, existe abundante material histórico que muestra cómo, a los ojos de los agentes del control social, homosexualidad y *prostitución* entre varones solían ser percibidas y tratadas como realidades idénticas (Huard 2014; Vázquez y Cleminson 2007; Hahn 1979; Lever 1985). Incluso en las democracias europeas, al menos hasta la revuelta gay de los años setenta, el *escándalo* que provocaba la homosexualidad era semejante al que provocaba la *prostitución* entre varones. También eran muy parecidas las formas de interacción homosexual y las maneras de interacción propias del comercio sexual entre hombres⁵. En realidad, en ocasiones, el trabajo sexual

⁴ Hay documentación gráfica comentada sobre este cabaret, con excelentes fotografías en <http://leopoldest.blogspot.com.es/2012/04/cabaret-la-criolla-donde-todo-era.html> Consulta: 10 de junio de 2016.

⁵ Guasch (1991) y Langerita (2015) explican que hay una mirada de movimientos corporales, de maneras de vestir y de formas de actuar en ciertos lugares y a ciertas horas, que comunican la disponibilidad de los varones para tener relaciones sexuales con otros en lugares públicos; sin embargo, cuando el trabajo sexual callejero entre hombres se realiza en lugares en los que también hay encuentros sexuales entre varones que no tienen carácter comercial, entonces, se requieren de matices

masculino era una manera de introducirse en las relaciones y en las prácticas homosexuales: es el llamado *modelo de iniciación a la homosexualidad*.

LOS TIPOS IDEALES DE PROSTITUCIÓN ENTRE VARONES BAJO EL FRANQUISMO.

Kervin Kaye (2004: 21) explica que las relaciones sexuales de jóvenes (soldados o de clase baja) con hombres adultos, fue algo común entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, pero que en los años previos a la Primera Guerra Mundial, la redefinición del concepto de *infancia* empezó a incluir la idea de la *inocencia* como uno de sus rasgos fundamentales; de manera que las formas clásicas de comercio sexual entre varones empezaron a ser muy mal consideradas en un contexto de creciente homofobia asociada al clima bélico machista generado por la contienda mundial y por la crisis económica de 1929. Las crisis y las guerras generan sexismo, homofobia y xenofobia, de modo que, en la primera y en la segunda guerra mundial se producen redefiniciones machistas y heterocéntricas de las identidades masculinas que dejan poco espacio a las formas clásicas de sexualidad entre hombres. Por otro lado, en la segunda mitad del siglo XX, la socialización exitosa del concepto médico-psiquiátrico de *homosexualidad* empezó a dificultar que los jóvenes tuvieran relaciones sexuales de pago con hombres adultos, sin que su estatus de *varones normales* fuera cuestionado por hacerlo. A partir de los años cincuenta, las sociedades occidentales asumen plenamente la idea de que existen dos clases de hombres en función de cuál es su objeto de deseo: *heterosexuales* y *homosexuales*; en consecuencia, las formas clásicas de *prostitución* de los varones en la que los jóvenes tienen sexo con hombres adultos sin cuestionarse su identidad, inician un proceso de cambio y de transformación que culminará con la redefinición gay de esa actividad, ya en los años setenta.

Es posible definir cuatro tipos ideales de *prostitución* entre varones durante el franquismo: el modelo de *iniciación* (o socialización a la homosexualidad), el modelo *militar y legionario*, el modelo *delincuente* (asociado a las clases bajas), y

importantes para indicar a los presentes el carácter económico de la oferta sexual que se está realizando: “la continua repetición de mirar, andar y estar en el lugar, permite a los hombres involucrados en el trabajo sexual (clientes y trabajadores) y a quienes no buscan sexo de pago, reconocerse unos a otros” (Atkins y Laing 2012: 640)

el modelo *pijo-aparte*. Se trata de tipos ideales. Son la plasmación clasificatoria de algo que, en la realidad, acontece como mera tendencia. La casuística concreta del comercio sexual entre varones durante el franquismo es más compleja que lo que estos modelos plantean. Aun así, las características de cada uno de estos tipos responden bien a la lógica del momento histórico en que existieron, y son un instrumento legítimo para entender unas prácticas sobre las que se conocen pocos testimonios directos. Como siempre sucede, son las clases altas las que dejan visible recuerdo histórico de sus acciones y es difícil que los homosexuales pobres de esa época fueran capaces de crear relatos sobre unas vidas de las que, supuestamente, tenían que avergonzarse. Si la presencia histórica de las mujeres ha sido ocultada en un contexto de patriarcado heterosexista, esperar que las narrativas de los homosexuales *prostitutos* tuvieran mejor suerte sería una apuesta demasiado optimista. Quizás algunos de los relatos *trans* sobre los que escribe Mérida-Jiménez (2015) sean una excepción al respecto.

El modelo de *iniciación* o (de socialización a la homosexualidad) fue una forma común de comercio sexual entre varones durante el franquismo. En este modelo, los adultos introducían a los muchachos en el sexo, a veces, a cambio de dinero. El dinero que los muchachos aceptaban en pago de sus servicios sexuales, era funcional para diluir (en lo posible) la homofobia que sentían contra sí mismos por realizar tales prácticas. Pero se trataba de servicios sexuales ocasionales, poco o nada planificados, y muy situacionales. En aquel tiempo, no se daban las condiciones precisas para que los muchachos vivieran en exclusiva del comercio sexual. Por otro lado, los códigos culturales disponibles para pensar ese comercio entre varones, reproducían la mayoría de estereotipos machistas y homófobos que se proyectaban sobre la sexualidad entre hombres.

El sexo de pago entre varones como modelo de *iniciación a la (homo)sexualidad* tiene una larga tradición. En el París de 1947 un hombre fue detenido por masturbar (o masturbarse) en los urinarios junto a jovencitos; uno de los cuales declaraba:

“que el individuo lo había captado en los baños, que sacó su miembro viril, le besó en la boca, le puso su miembro en la mano y, tras un momento, le limpió con un pañuelo y le dió un billete de 100 francos” (Huard 2014: 83).

También Thomas Crofts da cuenta del carácter casual de los primeros servicios sexuales que prestan los muchachos en los espacios del modelo *outdoor*, y explica que muchos de los encuentros en esos contextos ocurren de manera accidental cuando un hombre acepta dinero para tener sexo, aunque habría aceptado

participar de forma gratuita; así que la distinción entre sexo de pago y gratuito puede ser poco clara en estos espacios (Crofts 2014: 187); en consecuencia: hay que entender la actividad más como una forma oportunista de obtener dinero, que como una fuente regular de ingresos. Otro ejemplo foráneo del comercio sexual de *iniciación a la homosexualidad* lo narra uno de los muchachos entrevistados por Nestor Perlongher en Brasil:

“yo tenía quince años y curtía con un tipo mucho más grande que yo, y descubrí que él tenía dinero para pagar las horas de placer que pasaba conmigo. No habíamos hablado de dinero, pero después de las primeras transas, él colocó unos billetes en mi bolsillo. Ahí descubrí una fuente de ingreso que combinaba lo útil y lo agradable. A mí me gustaba transar con él, y también precisaba el dinero” (Perlongher 1999: 161).

En España y en la mayoría de países desarrollados, el modelo de iniciación a la (homo)sexualidad parece extinguido. Sin embargo, algunas investigaciones señalan lo contrario: Ine Vanwesenbeeck (2013) da cuenta de que, tanto en Holanda como en los países escandinavos, hay muchos más varones que mujeres (entre los 12 y 25 años de edad) que han recibido dinero a cambio de tener relaciones sexuales y, concluye, que lo que cuentan los chicos indica que se trata de experiencias relativamente ocasionales y de corta duración, que pueden formar parte de la exploración juvenil de la sexualidad masculina (Vanwesenbeeck 2013: 12). Según esto, las interacciones entre varones jóvenes y hombres adultos tendría un carácter estructural al margen de que hubiera o no mediación económica.

La segunda gran forma de comercio sexual entre varones durante el franquismo fue el modelo *militar y legionario*. A lo largo del siglo XIX y XX, las relaciones sexuales, previo pago, de militares o marineros con otros varones eran bastante comunes y seguían un esquema en el que soldados que se definían como *normales* tenían sexo de pago con varones que se definían *maricas* (Kaye, 2014: 36). Por ejemplo, en la Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial, se sabía que los militares ejercían la prostitución durante los permisos o cuando los marineros llegaban a los puertos (Huard 2014: 55). Que los soldados vendan dinero a otros varones ha sido una forma frecuente de comercio sexual. En la Europa de finales del siglo XIX esta era una actividad bien conocida por los sexólogos. Citando a Magnus Hirschfeld, Kaye (2004: 10) señala que los soldados podrían desear de sus clientes no solo obtener dinero, sino también la oportunidad de aprender modales en compañía de hombres de clase media que

les permitiera cierta movilidad social ascendente; mientras que los clientes preferían militares porque percibían su profesión como una garantía contra robos y extorsiones. En el caso español, este tipo de *prostitución* se relaciona con uno de los momentos claves en la socialización de los varones durante la dictadura y la transición: el servicio militar obligatorio (que estuvo vigente hasta el año 2001).

La *mili* afectaba a jóvenes soldados de reemplazo que, en la segunda década de su vida, se desplazaban a otras ciudades, lejos de sus familias, para servir a la patria. Para muchos, el servicio militar fue la primera ocasión para viajar fuera de su ciudad o región natal. La *mili* provocaba el desplazamiento masivo en tren y autobús de soldados no profesionales cumpliendo su servicio militar. Y eran, precisamente, las estaciones de ferrocarril y las de guagua, lugares comunes para el intercambio de sexo anónimo entre varones. De manera que, algunos soldados españoles, lejos de sus familias y de los sistemas cotidianos de control social informal, tuvieron sus primeras relaciones homosexuales en los baños y en los alrededores de las estaciones de ferrocarril. En ese contexto de clandestinidad de los encuentros homosexuales, las fondas y las pensiones cercanas a las estaciones, se convirtieron en un lugar perfecto para el desarrollo del comercio sexual entre varones: el trasiego de hombres accediendo juntos a las habitaciones no resultaba escandaloso ni llamaba demasiado la atención. Esta forma de comercio sexual sucedía en lugares de tránsito militar (al margen del tamaño de la población). También los espacios destinados al ocio de los jóvenes militares (como los billares o los futbolines) son descritos como lugares de encuentro para el comercio sexual entre varones del modelo *outdoor* durante el franquismo.

Durante la dictadura, el comercio sexual entre varones del tipo *outdoor* se desarrolla en un contexto de homofobia social severa, a la que hay que añadir leyes específicas para la represión de los homosexuales. Así que la homofobia fue central en la construcción social del comercio sexual entre varones de la época. La dictadura militar definió de manera rígida los roles y las actitudes de género mediante un intenso sexismo. El régimen militar y católico estableció como modelo de masculinidad la *hombría* propia de los *caídos por la patria*; y los combatientes militares y los *héroes* definieron la masculinidad de referencia. Una masculinidad que también estaba presente en las brigadas fascistas de la *Falange* española y de las *JONS*, y en la *OJE*⁶; eran organizaciones que desarrollaban prácticas homosociales organizadas en torno de la imitación de una idealizada

⁶ JONS es el acrónimo de *Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista*; y OJE es el acrónimo de *Organización Juvenil Española*.

camaradería militar. Especialmente durante los años de la dictadura, el servicio militar funcionó como una especie de rito de confirmación de la masculinidad (Anta 1990). Se suponía que, a su regreso, los jóvenes ya se habían transformado en hombres adultos y, sobre todo, responsables. De hecho, muchos españoles contraían matrimonio al regreso del servicio militar. En este contexto, el comercio sexual de los jóvenes soldados españoles con hombres, podía ser considerado por sus pares como una prueba de masculinidad; como una suerte de ritual de virilidad que demostraba su capacidad de adaptación a un contexto desfavorable: estaban lejos de casa, tenían escasos ingresos, y tenían que probar que podían espabilarse.

Los soldados que participaban de este comercio sexual eran aficionados que podían usar estas actividades sexuales como una forma de vivir su homosexualidad en un contexto homófobo; mientras que los clientes podían encontrar transeúntes (militares) que no iban a ocasionarles grandes problemas porque no se quedaban a vivir para siempre en su localidad. Es importante destacar la poca profesionalidad con que se organizaba la oferta, aunque los informantes recuerdan a algunos militares (en especial legionarios a los que califican de delincuentes) con grandes habilidades para chulear, para amenazar e, incluso, para extorsionar. En la biografía del *Botas* (Romaní 1983) hay datos que ayudan a entender qué clase de personajes poblaban la Legión española de aquella época. Hay que repetir que los españoles vivían bajo la tiranía de una dictadura militar y católica, en la que la figura del *soldado* definía la masculinidad deseable. La masculinidad normativa franquista tenía tantos componentes castrenses estereotipados que, las relaciones sexuales con homosexuales podían ser, incluso, una especie de prueba de hombría: “si nunca le has dado pol culo a un maricón no sabes si te gusta o no”, decían los militares re-enganchados⁷. Estas prácticas sexuales de pago con *maricas* y *maricones* podían ser toleradas por otros varones y soldados, siempre y cuando se destacara su carácter puntual, además de ser relatadas en término de disgusto, de desprecio, y de capacidad para “buscarse la vida”.

El tercer tipo ideal de comercio sexual entre varones durante el franquismo que aquí se propone, es el modelo *delincuente*. Este modelo incluye tanto a quienes

⁷ Los militares re-enganchados (también llamados chusqueros) eran suboficiales (brigadas y sargentos) que no procedían de las academias militares, sino de la tropa, y que firmaban contratos para prolongar *sine die* su servicio militar. Su reputación era la de no ser especialmente listos.

realmente cometían delitos, como a jóvenes de las clases trabajadoras que eran socialmente tratados como si fueran delincuentes. El comercio sexual entre varones está condicionado por la clase social. Pero, en el contexto de la dictadura franquista, la clase social era, si cabe, aún más relevante; porque como explican las teorías del control social, los ricos viven en espacios privados que son mucho más opacos a los ojos de los agentes de la moral y, por eso, están más protegidos de quienes se encargan de hacer cumplir las normas de decoro y de decencia. Las leyes son iguales para todos, excepto para los pobres. En el caso español, las investigaciones de Geoffroy Huard sobre la persecución policial de la homosexualidad bajo la dictadura de Franco, revelan que la represión se cebó, sobre todo, entre las clases más desfavorecidas y que afectó sobre todo a los *invertidos* de las clases populares si su modo de vida estaba asociado a la delincuencia, la vagancia o la prostitución. Los homosexuales de las clases medias y de las clases acomodadas que podían demostrar un trabajo y unos ingresos honestos no eran condenados (Huard 2014: 186). Aunque cinematográfico, el benévolo tratamiento policial que obtiene el protagonista de *El cónsul de Sodoma*, también es un ejemplo al respecto. La clientela del modelo *delincuente* de prostitución entre varones estaba constituida sobre todo por algunos hombres homosexuales procedentes de entornos privilegiados que erotizaban la *genuina* y *verdadera* virilidad de los hombres de la clase trabajadora (Kaye 2014: 42) que ofrecían a los jóvenes obreros sexo oral activo y sexo anal pasivo.

Como consecuencia de la prohibición, tanto la homosexualidad como la *prostitución* entre varones se vivían secreto y a escondidas, de manera que había zonas de intersección entre ambas y la pequeña delincuencia. Por otro lado, en un contexto de homofobia legal y social intensa, los estigmas del trabajo sexual entre varones eran análogos a los de la homosexualidad y, la violencia homófoba (en forma de insulto, de agresión, de extorsión o robo), podía aparecer en cualquier momento. De manera periódica, el semanario *El caso* daba cuenta de estos acontecimientos.⁸ La clandestinidad homófoba creaba el marco adecuado para que algunos jóvenes varones (sobre todo de las clases populares o procedentes de la inmigración interior) que estaban dispuestos a ofrecer sexo por

⁸ *El Caso* es una revista de “sucesos” aparecida en 1952 donde se daba cuenta de toda clase de delitos y crímenes, presentando una suerte de crónica negra de la (valga la redundancia) España de entonces. En ocasiones, el semanario daba cuenta de alguna reyerta en urinarios públicos en la que estaban implicados algunos legionarios y *violetas*. *Violetas* es el nombre con que se conocía a los homosexuales en los años cincuenta (Arnalte 2003).

dinero, bordearan la delincuencia como estrategia para obtener ambas cosas. Ejemplos del modelo *delincuente de prostitución* entre varones aparecen bien descritos en el denominado cine *quinqui* de Eloy de la Iglesia en relación a los años de la transición a la democracia, caracterizados por el cambio social rápido y por una anomia social intensa (catalizada por el impacto del consumo de heroína). Hubo jóvenes (sobre todo de clase baja) que usaron la *prostitución* para obtener ingresos con los que comprar droga o con los que pagarse unas cervezas.

El cuarto tipo ideal de comercio sexual entre varones durante el franquismo que aquí se propone, es el modelo *pijo-aparte*. Esta categoría incluye varones que usaban las redes sociales que tenían a su alcance para ascender socialmente a través del sexo. Se trataba de personajes con encanto y con habilidades sociales. A esta clase de varones se les denominaba *chulos* para diferenciarlos de los *chaperos* que eran, socialmente, mucho menos presentables; en palabras de un cliente :

“con un chaperillo te acuestas y ya está; con un chulo es diferente: te lo presentan en una fiesta, quedas con él, le invitas a cenar, le pasas unas rallas de coca, lo presentas a tus amigos y sales con él una temporada” (Guasch 1994: 134)

Así pues, el “saber estar” es un requisito imprescindible en el caso de los *chulos* (que son una forma pretérita de lo que hoy en día se denomina *escorts* o “acompañantes”). En cualquier caso, el modelo *pijo-aparte* (o *chulo*) durante el franquismo, incluía a hombres oportunistas (homosexuales o no) que en contextos de cierta relajación de las costumbres (entre las clases altas) obtuvieron estatus e ingresos *chuleando* a otros varones que accedían a financiar sus caprichos. La interpretación de la copla *La bien pagá* por parte de Miguel de Molina, es bastante explícita al respecto. También en la película *El consul de Sodoma* (dirigida por Sigfrid Monleon en 2010) y basada en la vida de Jaime Gil de Biedma, aparecen algunos ejemplos de cómo pudo funcionar el modelo *pijoaparte*. La clase de vínculos que establecían los varones *pijoaparte* con personas de clase alta, son bien descritas por Juan Marsé en su novela *Últimas tardes con Teresa* (2005), y aunque se refiere al caso del oportunista heterosexual, los rasgos y comportamientos del personaje de esa novela (Pijo Aparte o Manolo Reyes) son aplicables al caso de los *chulos* que se dedicaron al comercio sexual entre varones. La capacidad de medrar usando su encanto (y su falta de escrúpulos) fue común a los varones *chulos* y *pijoaparte*, al margen de cual fuera su público objetivo (varones o mujeres).

CONCLUSIONES

Hoy en día el trabajo sexual de los varones en las calles de España, se ha convertido en una práctica minoritaria, desarrollada sobre todo por personas inmigrantes con escasos recursos y también por nativos (pocos) en riesgo de exclusión social. Cada vez hay menos *prostitutos* en las calles porque los espacios públicos conforman zonas de riesgo para ellos: el hecho de que, en su mayoría, sean inmigrantes hace que sean víctimas de toda clase de prejuicios xenófobos (tanto por parte de la población, como por parte de la policía). Además, a menudo, los clientes también son inmigrantes que reproducen las formas de interacción homoerótica propias de los países de los que proceden (Langarita 2015), así que los participantes en esta forma de comercio sexual entre varones suelen estar poco (o mal) socializados en las subculturas gais⁹. En la actualidad, la *prostitución* entre varones en las calles de España es una realidad minoritaria, si tomamos en cuenta el conjunto de esa clase de comercio sexual. Sin embargo, se trata de un tipo de comercio sexual que se resiste a desaparecer, probablemente porque sigue siendo una actividad funcional para obtener ingresos por parte de jóvenes que están en situación de extrema precariedad. Es lógico que, mientras existan las condiciones sociales que provocan su exclusión social, estas personas utilicen los escasos recursos de los que disponen (sus cuerpos) para sobrevivir. Una radiografía de la situación de estos varones a principios del siglo XXI la brinda el proyecto de prevención del VIH/SIDA que el colectivo *Lambda* de Valencia puso en marcha en 2002 y que se dirige a *chaperos* que ejercen en salas “X”:

“la mayoría son rumanos y búlgaros, tienen entre 19 y 29 años, poca formación, se definen como heterosexuales, están indocumentados y sin tarjeta sanitaria, con condiciones de vivienda lamentables y presentan un estado de salud precario en ocasiones asociado al alcohol y otros tóxicos (Menoyo y otros, 2005: 47).

⁹ En las subculturas gais contemporáneas la homofobia ha perdido buena parte de su función identitaria en la construcción de las subjetividades homosexuales. Sin embargo, las personas que no han sido socializadas en esos contextos subculturales, pueden mantener formas identitarias que usan la homofobia como un instrumento para proyectar el estigma de la homosexualidad en otras personas, al tiempo que lo niegan en sí mismas.

En estas páginas, se comparte el análisis que Julieta Vartabedian realiza en torno a la problemática del comercio sexual en espacios públicos, cuando afirma que la opresión que padecen quienes trabajan en tales ámbitos (sobre todo las mujeres) no se genera, como se piensa desde discursos públicos y mediáticos, por causa de proxenetas y mafiosos, sino debido a la asfixiante situación de esta sin papeles y al acoso y la persecución policial (Vartabedian 2013: 94). Aun cuando la visibilidad de los trabajadores sexuales en las calles es menor que la de sus colegas (mujeres o *trans*) y pese a que la presencia de proxenetas es claramente menor entre los chicos, la frecuente condición de inmigrantes es algo que suelen compartir y que les sitúa en una condición de precariedad. La situación de vulnerabilidad social suele ser común a todas las personas que ejercen el trabajo sexual en las calles, al margen del del contexto específico en que lo hacen. En el caso concreto de la *prostitución* entre varones durante el franquismo, esta precariedad social estructural común a quienes venden sexo en las calles estaba catalizada por la homofobia social y legal de la época.

En resumen: el modelo de comercio sexual entre varones bajo el franquismo fue profundamente homóforo, artesanal, y muy poco profesional. En ese modelo, proyectar la homofobia sobre los clientes era una práctica común que, además, funcionaba como una estrategia para no cuestionar la masculinidad de quienes ofrecían servicios sexuales a otros hombres. La homofobia interiorizada presidía los encuentros que se desarrollaban en medio de una cierta ansiedad porque no siempre era posible conocer las intenciones exactas de las personas con quienes se estaba interactuando. La desconfianza era elevada y el temor a respuestas violentas por parte de clientes o trabajadores solía estar presente, en especial si se había usado alcohol para desinhibirse. En el comercio sexual entre varones de ese período, se reproducen las dos características sociales básicas de la homosexualidad de la época: sexismo y homofobia. Tanto la homosexualidad como el comercio sexual entre varones de entonces acontecían en un contexto oscurantista y de violencia estructural de género expresada en formas homóforas, que incluía tanto la posibilidad de la violencia física como la amenaza de estigmas sociales y también la persecución legal. El comercio sexual entre hombres del modelo *outdoor* fue hegemónico en España hasta la llegada de la democracia. A partir de ese momento, el aumento de la tolerancia social hacia la homosexualidad de los varones, puso en crisis un modelo basado en la homofobia severa, el oscurantismo y la clandestinidad. Sin embargo, las maneras callejeras de organizar esa actividad se prolongaron en el tiempo hasta la actualidad. Las características del modelo *outdoor* de *prostitución* entre varones (homofobia, secreto, estigma) también persisten en aquellos países y contextos sociales donde

el modelo gay de organización social de la homosexualidad tardó en implantarse o donde todavía no lo ha hecho: algunos países europeos con homofobia severa, bastantes países iberoamericanos, y la práctica totalidad de los países árabes son ejemplos de ello.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON, N. (1993): *Le Hobo. Sociologie du sans-abri*, Paris, Editions Nathan.
- ANTA-FÉLEZ, JL. (1990): *Cantina, garita y cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*, Madrid, Siglo XXI.
- ARELA, C. y otras (2007): *Los pasos (in)visibles de la prostitución. Estigma, persecución y vulneración de derechos de las trabajadoras sexuales en Barcelona*, Barcelona, Virus Editorial.
- ARNALTE, A. (2003): *Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- ATKINS, M. y LAING, M. (2012): "Walking the beat and doing business: Exploring spaces of male sex work and public sex", *Sexualities* 15(5-6): 622-643.
- AZAOLA, E. y ESTÉS, RJ. (coords.) (2003): *La infancia como mercancía sexual*. México, Canadá, Estados Unidos, México, Siglo XXI.
- BAUMAN, Z. (2003): *Modernidad líquida*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BENJUMEA, F. (2006): *Prostitucion masculina actual en Barcelona. Usos y significados de las masculinidades en las relaciones sexuales remuneradas entre varones*, DEA en Sociología, Universidad de Barcelona.
- CATES, Jim A. (1989): "Adolescent Male Prostitution by Choice", *Child and Adolescent Social Work* 6(2):151-156.
- CHAUNCEY, G. (1994): *Gay New York. Gender, Urban Culture and the Making of the Gay Male World*, New York, Basic Books.
- COLEMAN, E. (1989): "The Development of Male Prostitution Activity Among Gay and Bisexual Adolescents", *Journal of Homosexuality* 17(1-2): 131-150.
- CROFTS, Th. (2014): "Regulation of the Male Sex Industry", en Minichiello, Victor y Scott, John, *Male Sex Work and Society*, Harrington Park, New York, pp: 178-197.
- DA SILVA, L. y EVANGELISTA, L. (2004): *La consommation de drogues dans le milieu de la prostitution masculine*, Paris, Observatoire Français des Drogues et Toxicomanies.

- DORAIS, M. (2004): "Intimidación en venta: ¿cómo se llega a ser trabajador sexual", *Desacatos* (15-16): 52-68.
- GARCÍA-VALDÉS, A. (1981): *Historia y presente de la homosexualidad. Análisis crítico de un fenómeno conflictivo*, Madrid, Akal.
- GOFFMAN, E. (2009): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (2010): *Estigma. La identidad deteriorada*, Madrid, Amorrortu.
- GUASCH, O. (1991): *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.
- GUASCH, O. (1994): "La prostitución masculina en España", *Forum Sociológico* 5:119-136.
- GUASCH, O. (2007): *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes.
- GUASCH, O. (2011): "Social Stereotypes and Masculine Homosexualities: the Spanish Cases", *Sexualities*, 14 (5): 526-543.
- GUASCH, O. y CAÏS, J. (2016): "Masculinidades y trabajo sexual entre varones en España", en *Masculinidades disidentes*, Rafael Mérida-Jiménez (ed.) Barcelona, Icaria Editorial, pp. 11-34.
- GUEREÑA, JL. (2003): *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons.
- GUZMAN, P. y PLATERO, R. (2012): "Passing, enmascaramiento y estrategias identitarias: diversidades funcionales y sexualidades no-normativas", en Raquel Lucas Platero (ed.), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Barcelona, Bellaterra, pp: 125-158.
- HAHN, P. (1979): *Nos ancêtres les pervers. La vie des homosexuels sous le second empire*, Paris, Olivier Orban.
- HUARD, G. (2014): *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París (1945-1975)*, Madrid, Marcial Pons.
- HUARD, G. (2016): *Les gays sous le franquisme. Discours, subcultures et revendications a Barcelone 1939-1977*, Villeurbanne, Orbis Tertius.
- JULIANO, D. (2002): *La prostitución: el espejo oscuro*, Barcelona, Icaria.
- KAYE, K. (2004): "Male Prostitution in the Twentieth Century", *Journal of Homosexuality*, 46(1-2): 1-77.
- KAYE, K. (2007): "Sex and unspoken in Male Street Prostitution", *Journal of Homosexuality* 53(1-2): 37-73.

- KAYE, K. (2014): "Male Sex Work in Modern Times", en Minichiello, Victor y Scott, John, *Male Sex Work and Society*, Harrington Park, New York, pp: 36-48.
- LANGARITA, JA. (2015): *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica de sexo anónimo entre hombres*, Barcelona, Bellaterra.
- LATAPIE, H. (2009): *Doubles vies. Enquête sur la prostitution masculine homosexuelle*, Paris, Le Gueuloir.
- LEICHTENTRITT, RD. y DAVIDSON, A. (2005): "Young Male Street Workers: Life Histories and Current Experiences", *British Journal of Social Work* 35: 483-509.
- LEVER, M. (1985): *Les bûchers de Sodome*. París, Fayard.
- LOGAN, TD. (2014): "Economic Analyses of Male Sex Work" en Minichiello, Victor y Scott, John, *Male Sex Work and Society*, Harrington Park, New York, pp: 106-147.
- MARSÉ, J. (2005): *Últimas tardes con Teresa*, Barcelona, Debolsillo.
- McCABE, I.; ACREE, M.; O'MAHONY, F.; McCABE, J.; KENNY, J.; TWYFORD, J.; QUIGLEY, K.; y McGLANAGHY, E. (2011): "Male Street Prostitution in Dublin: A Psychological Analysis", *Journal of Homosexuality* 58 (8): 998-1021.
- McCABE, I.; MILLS, R.; MURPHY, D.; WINDERS, S-J.; HAYDEN, J.; REYNOLDS, D.; McCABE, J.; y McQUAID, A. (2014): "A psychocultural comparison of male street prostitutes in Dublin and San Francisco", *The Irish Journal of Psychology*, DOI: 10.1080/03030910.2014.982144
- McQUILER LAVERNE, W. (2014): "Sex in the City: Why and How Street Workers Select Their Locations for Business", *Journal of Contemporary Ethnography* 43(6): 659-694.
- MEJIA, N. (2006): *Trangenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*, Barcelona, Bellaterra.
- MENOYO, C. y otros (2005): *Prevención del VIH/SIDA y otras ITS en hombres que ejercen la prostitución*, Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo, Plan Nacional sobre el SIDA.
- MÉRIDA-JIMÉNEZ, RM. (2016): *Transbarcelonas. Cultura, género y sexualidad en la España del siglo XX*, Barcelona, Bellaterra.
- MINICHELLO, V.; SCOTT, J. y CALLANDER, D. (2013): "New Pleasures and Old Dangers: Reinventing Male Sex Work", *The Journal of Sex Research* 50(3-4): 263-275.

- MORRISON, TG. y WHITEHEAD, BW. (2007): "Noboy's Ever Going to Make a Fag *Pretty Woman*: Stigma Awareness and the Putative Effects of Stigma Amon a sample of Canadian Male sex Workers", *Journal of Homosexuality* 53(1-2): 201-217.
- NUÑEZ-DÍAZ BALART, M. (2003): *Mujeres caídas. Prostitución en la España franquista*, Madrid, Oberon.
- PERLONGHER, N. (1999): *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Buenos Aires, Paidós.
- PIERROT (2006): *Memorias trans. Transexuales, travestis, transformistas*, Barcelona, Morales y Torres.
- ROMANÍ, O. (1983): *A tumba abierta. Autobiografía de un grifota*, Barcelona, Anagrama.
- RUBIN, G. (1989): "Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad", en Carole Vance (ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Talasa, pp. 113-190.
- SCOTT, J. y MINICHIELLO, V. (2014): "Introduction" en Minichiello, Victor y Scott, John; *Male Sex Work and Society*, Harrington Park, New York, pp: XII-XXVII.
- TAMAGNE, F. (2000): *Historie de l'homosexualité en Europe. Berlin, Londres, París (1919-1939)*, Paris, Seuil.
- TIMPSON, SC.;ROSS, MW.; WILLIAMS, ML.; ATKINSON, J. (2007): "Characteristics, Drugs Use, and Sex Partners of a Sample of Male Sex Workers", *The American Journal of Drugs and Alcohol Abuse* (33): 63-69
- TYLER, KA. y JOHNSON, KA. (2006): "Trading Sex: Voluntary or Coerced? The Experiences of Homeles Youth", *The Journal of Sex Research* 43(3): 298-216.
- VANWESENBEEK, I. (2013): "Prostitution Push and Pull: Male and Female Perspectives", *The Journal of Sex Research* 50(1): 11-16.
- VARTABEDIAN, J. (2013): "Tengo mucho placer para enseñarte: sobre travestis brasileñas trabajadoras del sexo y la gestión pública de la prostitución en Barcelona", *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia* 18(1): 80-97.
- VÁZQUEZ-GARCIA, F. y CLEMINSON, R. (2011): *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España (1850-1939)*, Granada, Comares.

Recibido: 1 de junio de 2016

Aceptado: 31 de agosto de 2016

Oscar Guasch es profesor de sociología de la sexualidad y del género en la Universidad de Barcelona. Especialista en historia de la heterosexualidad, ha investigado las estrategias de resistencia homo-gay frente a la homofobia, el transgenerismo, y también los procesos de construcción social de las identidades masculinas. Su último libro es *Vidas de hombre(s)* (Barcelona, Edicions Bellaterra, 2012). oscarguasch@ub.edu